

Señor. Las cuales debe cada uno dejar empapar en su paciencia y silencio, como en una esponja con tanta blandura, que si es posible los que están á la mira no echen de ver la injuria que se les ha hecho, no volviendo mala obra por la mala obra, ni mala palabra por la mala palabra, sino antes al contrario, hablando bien, de quien habló mal, y volviendo bendiciones por maldiciones <sup>1</sup>. Porque si esto no hubiera de hacerse así, ¿qué restaba si no estudiar en las leyes del duelo para sacar ojo por ojo, y diente por diente? Y pues no se puede hacer esta venganza por igual, ¿de qué sirven las quejas y enojos, y palabras amargas, sino demostrar flaqueza mujeril, pues así nos valemos de estas armas de las mujeres? Y Cristo nuestro Señor <sup>2</sup>, no sólo nos aconsejó que dejásemos la capa á quien nos quitase el sayo, sino que volviésemos la una mejilla á quien nos hiriese en la otra, mostrando que no solamente habíamos de ejercitar la pobreza cuando nos robasen la hacienda, sino tambien la humildad cuando nos robasen la honra.

El tercer caso en que se ha de dejar la honra con efecto, es cuando para alcanzarla ó defenderla se ha de atravesar alguna culpa mortal ó venial; porque en tal caso es necesario pisar la honra, por excusar cualquiera de estas culpas, como lo enseñó nuestro santo Padre expresamente en el primero y segundo grado de humildad. Y es tan ordinario apasionarse un hombre cuando busca ó defiende su honra movido solamente del amor de su propia excelencia, que pocas veces pasa sin algun exceso, que por lo menos no sea culpa venial. Y el que se determinare de proceder en estas ocasiones con toda esta cautela, hallará por experiencia que le es más fácil

<sup>1</sup> I Petr. III, 9. — <sup>2</sup> Matth. V, 40, 39.

dejarse humillar, que resistir á la humillacion y ceder á su honra, que procurarla sin caer en ninguna culpa.

Y de aquí es, que los que se hallan en este segundo grado de humildad (que es propio de los proficientes) de no cometer ningun pecado venial deliberadamente por el deseo de ninguna honra ó por el temor de ninguna deshonor del mundo, fácilmente suben al tercero que es propio de los perfectos, conviene á saber, que donde no descubren mayor gloria de Dios, en la cual pueden poner los ojos, se inclinan más á abrazarse con los oprobios y menosprecios; no solamente porque así son más semejantes á Cristo nuestro Señor, sino porque en este estado hallan más segura su conciencia, y más fácilmente excusan todas las culpas.

## CAPÍTULO XXI.

QUE PARA LLEVAR BIEN CUALQUIERA HUMILLACION, AYUDA MUCHO EL PROPIO CONOCIMIENTO.

**N**o es poco estar uno dispuesto á sufrir con paciencia y humildad cualquiera injuria y agravio, y tener el ánimo aparejado, si le hirieren en una mejilla para volver la otra. Ni es menos tener tan poca estima de la honra mundana, y tanta de la divina y del cumplimiento de su santa voluntad, que por no hacer un pecado venial esté determinado á dejar cualquier honra, y padecer cualquiera deshonor. Y por ventura es mucho más haberse ofrecido á ser despreciado y olvidado, dejando-

se emplear sin resistencia en cualquier puesto y oficio por abyecto y humilde que sea, hecho un holocausto vivo de la humildad, sacrificado por mano de la obediencia. Estos son ejercicios grandes, y de excelente y valerosa virtud, de los cuales tratamos en el capítulo pasado. Mas para que sean firmes y sólidos, es menester que tengan sus raíces y fundamentos en lo más hondo del corazón y del propio conocimiento, donde un hombre se ha de deshacer y aniquilar tanto, y ponerse en tan bajo lugar, que ninguno le pueda poner en otro inferior. No tienes cosa de que te puedas alabar, dice *Contemptus mundi*, y tienes muchas de que te puedes tener por vil, porque más flaco eres de lo que puedes pensar.

Este propio conocimiento es para todos tiempos y para todos estados, y tiene diferentes motivos en los que empiezan, en los que se aprovechan y en los perfectos. Los que empiezan han de poner los ojos en su propia miseria, y esto pretende nuestro santo Padre en el ejercicio de los pecados, donde entre otras consideraciones que señala para alcanzar esta desestima de sí mismo, dice estas palabras <sup>1</sup>: *Cuarto, mirar toda mi corrupcion y fealdad corpórea. Quinto, mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades, y ponzoña tan torpísima.* Con este sentimiento se facilita el sufrimiento de todas las injurias y agravios que se pueden recibir de las criaturas. Porque quien se pone en el lugar más bajo del convite, ¿quién le podrá bajar á otro inferior? Antes estos tales en cualquiera injuria reconocen beneficio, porque les parece que es menor de lo que ellos merecen, y que en no hacerles injuria mayor, reciben cortesía; y se admiran cómo siendo sus deméritos

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana; Ejerc. 2.<sup>o</sup>

tantos, no son abatidos y menospreciados de todos. Bien dijo *Contemptus mundi* <sup>1</sup>: «Señor, en ceguedad estamos, y la vanidad muy presto nos engaña; si bien me miro, nunca me ha sido hecha injuria por criatura alguna. Por eso no tengo de que me quejar justamente; mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razon se arman contra mí todas las criaturas: justamente me viene la confusion y el desprecio, y á tí, Señor, la alabanza, la honra y la gloria.» Y lo mismo practicó nuestro santo Padre en el ejercicio de los pecados, donde de la muchedumbre y gravedad de los pecados saca este afecto <sup>2</sup>: *Con exclamacion admirativè, con crecido afecto discurriendo por todas las criaturas, como me han dejado en vida y conservado en ella: los ángeles, como sean cuchillo de la divina justicia, cómo me han sufrido, y guardado, y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí: y los cielos, sol, luna y estrellas, y elementos, frutos, aves, peces, animales y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.* Quien sabe que tiene provocada y merecida la ira de Dios, y considera un ejército como éste de ángeles, santos, cielos, sol, luna, estrellas, elementos, frutos, aves, peces, animales, y de toda la tierra y de los infiernos que están debajo de ella; y que todas estas cosas, y cada una de ellas, están á la obediencia de este gran Señor que yo he ofendido; y que todas están armadas, esto es, tienen sus particulares fuerzas y propiedades para pelear contra los insensatos; y por otra parte se halla servido y beneficiado de todas ellas, ¿cómo puede quejarse de agravio por cosa ninguna que le suceda? Y éste es el fundamento profundo de la humildad sobre que se le-

<sup>1</sup> Contempt. lib. 3; c. 41. — <sup>2</sup> 1.<sup>a</sup> Semana.

vanta la fábrica firme de las virtudes sólidas y perfectas y es propio de los incipientes que se ejercitan en la vía purgativa, los cuales se están siempre avergonzando y dando en rostro con sus culpas pasadas, como lo hacia el Apóstol cuando decia <sup>1</sup>: «Yo soy el mínimo de los Apóstoles, porque perseguí la Iglesia de Dios:» y en otra parte <sup>2</sup>: «Yo doy gracias á aquel Señor que me ha esforzado por Jesucristo nuestro Señor, y se ha fiado de mí para encomendarme este ministerio, habiendo sido como fui primero blasfemo, perseguidor é injurioso contra Dios, etc.» Quien de esta manera se reconocia, y se injuriaba y ejercitaba á sí mismo, ¿como podia agravarse de las injurias que recibiese de otros? y éste es el ejercicio que propiamente pertenece á los que empiezan.

Pero los proficientes que están en la vía iluminativa, tienen otro motivo mayor con que prevenirse interiormente y armarse para entrar en esta batalla de la humillacion, que son los ejemplos de Cristo nuestro Señor y de sus santos. Este motivo se repite frecuentemente en el libro de *Contemptus mundi*, que es de la imitacion de Cristo. Porque en una parte dice <sup>3</sup>: «¿Quién de los santos fué en el mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió en este mundo, no estuvo una hora sin dolor de pasion; porque convenia que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrar en su gloria. ¿Pues cómo buscas tú otro camino, sino este camino real de la santa cruz, etc.?» Y en otra parte dice <sup>4</sup>: «Mas dime, ¿qué gran cosa es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por mi amor, cuando yo omnipotente y altísimo, que crié todas las cosas de nada, me

<sup>1</sup> 1 Cor. XV, 9. — <sup>2</sup> 1 Tim. I, 12, 13. — <sup>3</sup> *Contemptus mund.* lib. 2, c. 12. — <sup>4</sup> *Ibid.* l. 3, c. 13.

sujeté al hombre humildemente por tí? híceme el más humilde y más bajo de todos, por vencer tu soberbia con mi humildad. Oh polvo, aprende á obedecer, aprende tierra y lodo á humillarte y encorvarte á los piés de todos, etc.» Y en otra parte <sup>1</sup>: «Hijo, yo bajé del cielo por tu salud, y tomé tus miserias, no por necesidad, mas por la caridad que me traia, porque tú aprendieses la paciencia y sufrieses sin indignacion las miserias temporales: desde la hora de mi nacimiento hasta la muerte en la cruz no me faltaron dolores que sufrir. Yo tuve muy gran mengua de las cosas temporales; oí muchas veces grandes quejas de mí; sufrí mansamente denuestos y afrentas; por los beneficios recibí desagradecimientos, y por los milagros blasfemias, y por la doctrina reprehension, etc.» Este es el espejo de nuestra humillacion, en el cual nos debemos mirar para alegrarnos si nos halláremos semejantes á él. Este es el dechado que nuestro santo Padre nos pone delante por todo el discurso de esta segunda semana, para que mirando en él nos avergoncemos de no conformarnos con él, y no solamente no deseemos, pero ni consintamos, ni suframos tener honra en este mundo estando este Señor deshonrado, ni ser alabados estando él blasfemado, ni ser reverenciados estando él escarnecido. Pues por sólo este respeto debemos escoger siempre los ojos cerrados las injurias, afrentas y menosprecios, cuando no nos llevare á lo contrario como por fuerza el peso de la mayor gloria divina, como muchas veces hemos repetido.

Si hablamos de los perfectos que están en la vía unitiva, éstos cuanto más cerca están de Dios, tanto están más lejos de sí; y cuanto más conocen la grandeza

<sup>1</sup> Lib. 3, c. 18.

de Dios, tanto más su pequeñez, hasta perderse de vista á sí mismos, como quien mira muy de lejos una cosa muy pequeña. Antes como reconocen que Dios es la fuente de todo el sér y de todo lo bueno, cuando se van á mirar á sí mismos, no hallan sino el pecado y la nada. Practicó esto nuestro santo Padre en el cuarto punto del amor de Dios, donde dice <sup>1</sup>: *El cuarto, mirar como todos los bienes y dones descenden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma é infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc. Así como del sol descenden los rayos, y de las fuentes las aguas, etc.* De manera, que así como el agua aunque se comunica á la tierra y la fertiliza, no es empero de la tierra, sino de la fuente; y así como los rayos, aunque dan luz por de fuera á los cuerpos sólidos y opacos, no son empero de estos cuerpos ni proceden de ellos; y aunque dan luz á los ojos, y por medio de ellos los ojos ven, pero no son de los ojos ni proceden de ellos, sino del sol, y así en retirando el sol sus rayos los ojos quedan ciegos, y los cuerpos oscuros; de esta misma manera son todos los dones y gracias, que aunque están en el hombre, no son ni proceden del hombre, sino de Dios. Y por eso cuando nos miramos á la luz de Dios, todos los dones y gracias, y todo el sér, lo miramos como de parte de Dios, y de nuestra parte no queda sino la nada.

La práctica de esto se halla también en varios lugares del *Contemptus mundi*, que en una parte dice <sup>2</sup>: «Oh Señor, que no hay santidad, si tú apartas tu mano; no basta discrecion, si tú dejas de gobernar; no hay fortaleza que ayude, si tú dejas de conservar; no hay castidad segura, si tú no la defiendes; ninguna propia guar-

<sup>1</sup> 4.<sup>a</sup> Semana. — <sup>2</sup> Contempt., l. 3, c. 14.

da aprovecha, si tú no velas sobre nos, porque en dejándonos, luego nos sumimos y perecemos, mas visitados por tí vivimos y somos levantados. ¡Oh, cuán bajamente debo sentir de mí, en cuán poco me debo tener, aunque parezca que tengo algún bien! ¡Oh Señor, y cuán profundamente me debo someter debajo de tus profundos juicios, donde no me hallo ser otra cosa sino nada, y menos que nada! ¡Oh carga inmensa, ó piélago que no se puede nadar, donde no hallo cosa en mí sino ser nada en todo, etc.!» Y es cosa maravillosa, como la luz sobrenatural al paso que le va descubriendo al alma la grandeza de Dios, á este mismo le descubre la poquedad suya. Y el verdadero amor de Dios al paso que une y abraza al alma familiarmente con Dios, á ese mismo le da reverencia y encogimiento, y reconocimiento de su vileza y poquedad. Lo cual dice el mismo santo por estas palabras <sup>3</sup>: «Si me envileciere y me volviere nada, y cesare de toda propia reputacion y presuncion, y me tornare polvo como lo soy, serme ha tu gracia benigna, y tu luz será cercana de mi corazon, y toda estimacion se sumirán en el valle de mi poquedad: allí me mostrarás qué soy, y qué fuí, y de dónde vine, que fuí de nada, y no lo conocí. Si soy dejado á mis fuerzas, todo es enfermedad y nada; mas si tú, Señor, me mirares, luego soy fortificado y lleno de nuevo gozo. Y es cosa maravillosa, que así á deshora soy levantado y abrazado de tí con tanta benignidad que yo segun mi propia pesadumbre siempre voy á lo bajo. Esto, Señor, hace tu amor que sin yo merecerlo me previene y me socorre en tanta multitud de necesidades, y me guarda de graves peligros, y me libra de innumerables males. Yo me perdí

<sup>3</sup> Cont., l. 3, c. 9.

amándome, mas buscándote á tí, y amándote puramente, he hallado á mí y á tí; y de este amor tuyo conozco más profundamente ser nada, y mucho menos, etc.» Estos lugares de *Contemptus mundi*, que se han citado, servirán de camino para reconocer el tesoro que está escondido en este divino libro, que por haber sido el principal maestro que tuvo nuestro santo Padre, no es fuera de propósito señalar algunas veces las fuentes de donde salió el espíritu y enseñanza que está en su libro de los Ejercicios.

Y volviendo al punto de que vamos tratando, este paso tan importante y tan necesario de la via iluminativa, que es admitir con efecto los oprobios, afrentas y menosprecios, tiene sus fundamentos y raíces en el conocimiento propio, por medio del cual se pone uno en tan bajo lugar, que respecto de él todos los menosprecios é injurias se estiman como honras y alabanzas. Este conocimiento propio en los que empiezan nace del conocimiento de sus pecados y en los que se aprovechan del conocimiento de Jesucristo; que cuanto uno se conoce por inferior á él, tanto desea ponerse en más bajo lugar. Y si ha de ser más bajo que el que tuvo Jesucristo en este mundo, ¿á dónde finalmente podrá bajar el gusanillo del hombre, que no se halle avergonzado de verse con más honra de la que tuvo su Señor? Y finalmente en los perfectos la luz con que conocen la grandeza de Dios, reverbera en ellos para reconocer su nada y mirarse delante de Dios como si no fuesen.

Sobre este fundamento del propio conocimiento se debe cada uno ejercitar con el afecto, abrazándose con aquellas humillaciones y menosprecios que conoce que merece y que le vienen bien, haciendo cuenta que ya se halla en aquellas ocasiones, y ensayándose dentro de

su pensamiento como si estuviesen presentes; porque allí el propio conocimiento, ayudado del calor de la devoción, abraza las injurias y menosprecios, y las digiere y se sustenta de ellas algunas veces con tanto gusto y sabor, que no se ve hartado de oprobios. Porque los que empiezan con el fervoroso arrepentimiento de sus culpas se alegran de ver vengadas las injurias de Dios con las suyas propias. En los proficientes algunas veces, como dice *Contemptus mundi*<sup>1</sup>, estando uno confortado del afecto de la tribulación y adversidad por el amor y conformidad de la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulación; porque se tiene por más acepto á Dios, cuanto mayores y más graves cosas pudiere pasar por él. Los perfectos, así como han empezado á gustar de la unión con Dios sobre todas las cosas, así ninguna cosa desean más que deshacerse y aniquilarse para no embarazarse consigo mismos ni estorbarse á sí mismos, sino que estando del todo vacíos de sí mismos, del todo estén unidos y llenos de Dios. Y para esto hallan muy buena ayuda y socorro en las humillaciones y menosprecios, porque hacen que el alma huya de todas las cosas exteriores y se retire á lo más interior sobre sí misma. Luego en cualquier estado que uno se halle tiene motivos en su propio conocimiento para abrazar con gusto las injurias y afrentas. Esto, como dice el mismo santo<sup>2</sup>, no es virtud humana, sino gracia de Jesucristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y abraza con fervor de espíritu. Porque no es según la humanidad llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo y ponerle en servidumbre, huir

<sup>1</sup> Contempt. lib. 2, c. 12.— <sup>2</sup> Ibidem.

las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo y desear ser despreciado. Y porque así suele suceder, que lo que unas veces por la gracia divina es manjar sabroso y sustento sólido, otras veces por nuestra flaqueza nos causa bascas y grandes congojas, por eso es consejo muy provechoso ejercitarse cada uno en su meditacion, poniéndose delante las injurias y afrentas de Jesucristo, y otras semejantes que le pueden suceder á él, y ensayarse en la paciencia dentro de su pensamiento, como si ya estuviese presente la ocasion. Porque estando así ejercitado á sufrir en lo secreto estas injurias imaginadas, estará más dispuesto á sufrir en lo público las verdaderas.

## CAPÍTULO XXII.

DE OTROS EJERCICIOS DE HUMILDAD EN LAS PALABRAS  
Y EN LAS OBRAS.

**D**ESPUES del propio conocimiento, que es ejercicio que pertenece al pensamiento, hay otros ejercicios de humildad que pertenecen á las palabras y á las obras. Y lo primero, quanto á las palabras se debe atender en que sean ajenas de toda vana ostentacion. Porque el medio de que ordinariamente usan los vanos, es hablar grandiosamente de sí mismos y de sus cosas. Por lo cual dijo el Profeta <sup>1</sup>: «Destruya Dios los labios enga-

<sup>1</sup> Psalm. XI, 4, 5.

ñadores, y la lengua que habla cosas grandes: de los que dicen, nuestra lengua engrandeceremos, nosotros somos señores de nuestra boca. ¿Quién es nuestro dueño que nos pueda ir á la mano?» Aquellos engrandecen su lengua, que no miden sus palabras con la verdad de lo que son en sí mismos, sino con la estimacion que desean tener acerca de los otros. Y aquellos se dicen que son señores de su boca, cuando no la tienen sujeta á la verdad, sino que su boca es medida para dar á las cosas el punto que ellos quieren, y quiérensele dar tan grande, quanto puede alcanzar la elocuencia de sus palabras. Este vicio es del todo contrario á la humildad que buscamos; la cual, así como en el pensamiento siente de sí misma bajamente, así en las palabras aborrece el hablar de sí altivamente. Sea pues el cuidado del verdadero humilde, primeramente no engrandecer sus cosas, ni claramente (lo cual es cosa feísima y muy odiosa) ni disimuladamente; en lo cual tienen algunos grande industria en buscar y traer las ocasiones para sustentar la conversacion siempre con historias de sus hazañas y ponderaciones de sus excelencias; y de lo que está lleno el corazon se les viene sin advertir á la boca, y como están llenos de sí mismos, así no aciertan á hablar de otra cosa sino de sí mismos. Y muchas veces como diestros pilotos disponen las velas de manera, que navegan á donde quieren con viento contrario; porque diciendo mal de sí se alaban, y deshaciendo sus cosas las engrandecen, y mostrando alguna voluntad de que los demás las desestimen, los incitan y fuerzan á que se las alaben; y no pueden usar en esto de tanto artificio, que fácilmente no se dé á conocer su secreta vanidad. Porque así como cuando está presente alguna materia corrompida, por secreta que esté, se viene luego á las